

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 3, Diciembre 1994

Mallea y el malestar del campo intelectual liberal argentino durante la década de 1930

Leonardo Senkman

pp. 32-46

Mallea y el malestar del campo intelectual liberal argentino durante la década de 1930

Leonardo Senkman

La crisis ideológica de los años '30 y su impacto en Argentina han sido testimoniadas en textos literarios y ensayísticos de escritores adscriptos al campo intelectual nacionalista restaurador, y también por algunos escritores tentados por el fascismo europeo. La historia intelectual ha estudiado los casos notorios de autores de esa línea, como Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, Gustavo Martínez Zuviría, Ramón Doll y Monseñor Gustavo Franceschi.¹ En cambio, fue muy excepcional el análisis emprendido sobre obras de autores afiliados ideológicamente al campo intelectual del liberalismo argentino, para indagar el impacto que ejerció el clima pesimista europeo durante los años '20 y '30, cuando los valores del humanismo y el universalismo vigentes hasta la Primera Guerra Mundial fueron cuestionados radicalmente por la rebelión intelectual que precedió y luego acompañó al ascenso de los fascismos europeos.

Desde esta perspectiva, el estudio de las primeras obras narrativas de Eduardo Mallea constituye un abordaje necesario para comprender ese doble impacto no siempre explicitado en sus textos ensayísticos: la crisis del liberalismo euro-

peo, inescindiblemente ligado a su obsesiva indagación en torno a la identidad argentina durante los años en que el "ser nacional" de su país parecía desfigurarse, hasta resultar irreconocible la imagen de sus conciudadanos. Las metáforas de Mallea en su famoso ensayo *Historia de una pasión argentina* (1937), donde oponía las dos Argentinas, visible e invisible, y su reacción espiritualista contra el asedio del país materialista burgués, logran ficcionalizarse en su ciclo narrativo a través de la oposición mutismo-introspección vs. charlatanismo-exhibicionismo, en personajes novelísticos que también expresan la crisis del mundo liberal europeo en tierras del Plata.²

Mallea es uno de los escritores paradigmáticos del campo intelectual liberal de su país. Hijo de una familia de provincia de ascendencia vasca, ostenta un linaje patricio que se remonta a un hidalgo español fundador y poblador de San Juan; fue nieto del último de los Mallea recordado por Sarmiento en *Recuerdos de Provincia*. Trasladada su familia en 1917 de Bahía Blanca a Buenos Aires, Mallea iniciará sus estudios de Derecho en 1920, carrera universitaria que de-

Nació en Argentina; dicta historia latinoamericana en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Ha publicado, entre otros, *La identidad judía en la literatura argentina* (1983), y *Argentina: La Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables* (1991). Este ensayo integra su próximo libro, *Los intelectuales liberales argentinos y la Segunda Guerra Mundial*.

cidirá abandonar por la literatura y el periodismo. En 1927 comienza a trabajar como cronista del diario *La Nación*, y desde 1931 ocupará el cargo de director del Suplemento Literario del prestigioso diario argentino liberal. Además, desde ese mismo año acompañará a Victoria Ocampo, hasta su último número, en la redacción de *Sur*, la más importante revista intelectual del liberalismo argentino (Mallea, 1937, pp. 32-35).

La estética vanguardista de la primera postguerra mundial influyó profundamente en el primer texto literario de Mallea, *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926), afectando en particular su sensibilidad verbal, el desdibujamiento de los procedimientos del relato realista por una técnica de ficcionalización de la angustia metafísica. También Mallea aprenderá de la vanguardia, el escribir sobre pasiones femeninas: la libertad de la mujer y su sensibilidad moral e intelectual le interesan mucho más que los personajes masculinos.³ Los efectos de esta influencia pasarán luego desapercibidos para la crítica, debido a que durante los siguientes nueve años decisivos de su maduración intelectual, Mallea dejó de publicar. Sin embargo, esa influencia no se interrumpió. Su experiencia intelectual europea y sus viajes al Viejo Mundo, desde donde, como decía, se podía ver mejor a su país, fueron decisivos para su posterior creación literaria. Fueron los años durante los cuales hizo una lectura en clave existencialista de Kierkegaard y Unamuno, también de Péguy y Maritain, y admiró la filosofía de la intuición de Bergson, descubriendo simultáneamente en la vanguardia inglesa del vorticismismo el instinto y la energía que

llevaron a autores que admiraba, como T. S. Eliot, a la austeridad expresiva y al despojamiento interior.⁴ Las claves de su experiencia europea en la comprensión de la crisis argentina ya se hallan en la *nouvelle* publicada en 1935, *Nocturno europeo*, y volverán a aparecer en el ciclo narrativo que inaugura *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), continúa con *Fiesta en noviembre* (1938), se prolonga en *La bahía del silencio* (1940) y culmina en *Todo verdor perecerá* (1941).

Este ciclo narrativo intenta ficcionalizar la atmósfera decadentista, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, de aquellos grupos hegemónicos de su país que ya habían perdido la confianza en las promesas del liberalismo argentino. Carentes de la antigua fe en el progreso y la razón, sus personajes se debaten entre la ausencia de acción y la fatalidad del destino; el instinto reemplaza su pensamiento, la palabra expresiva se degrada en signos meramente informativos y el silencio ocupa el espacio vacío de la falta de comunicación; en lugar de la conciencia de sí, se enfrentan con los límites precarios de la voluntad; y la otrora consistencia de los lazos de solidaridad familiar y grupal, ahora se repliega en un sórdido individualismo egoísta.

La atmósfera decadentista del ciclo narrativo de Mallea está filiada ideológicamente en el clima intelectual europeo de los años '20 y '30, de ruptura antimaterialista de la Razón liberal, y en la seducción que ejerció en el escritor argentino la revuelta contra los valores del iluminismo. De las vanguardias europeas aprendió una voluntad regeneradora para rehabilitar a los argentinos de la molición de



vivir las apariencias burguesas, pero también percibió los riesgos de exorcizar mediante mitos movilizadores la languidez y apatía por el destino nacional, como ocurría en Italia y Alemania. Su pesimismo ante los ideales universalistas de otra se emparenta con el sentimiento nacionalista de desconfianza por el mundo exterior, a la vez que se nutre de un común desprecio por las muchedumbres urbanas, compartido por autores individualistas europeos que odiaban los efectos no deseados de la modernización y la irrupción de la sociedad de masas. La revuelta antimaterialista europea que precedió al fascismo e influyó en el ciclo narrativo de Mallea fue la culminación de la profunda desconfianza por la herencia universalista e igualitaria de la democracia burguesa, a la que se deseaba conjurar con un retorno a los valores básicos de la sociedad heroica liderada por las elites naturales. Sin embargo, esa revuelta era básicamente modernista y buscaba apostar por el futuro, no restaurar el pasado. La nueva sensibilidad que pregonaba el futurismo bergsoniano de un Marinetti o el tradicionalismo vorticista de Ezra Pound y de T. S. Eliot, acompañaba a una vanguardia revolucionaria que se rebelaba simultáneamente contra el orden político liberal y el canon estético vigentes.⁵

Si bien a Mallea lo seducía el nuevo estado de ánimo del siglo XX que entusiasmaba a Eliot, el escritor argentino rápidamente se distanciará de la vanguardia revolucionaria británica e italiana. Porque Mallea supo detectar, por su influjo, los síntomas de la profunda crisis liberal europea, pero rechazará la propuesta regeneradora de la rebelión intelectual antiliberal de la época, en especial la fascinación por el vitalismo y el culto de la violencia de las nuevas elites. La respuesta de Mallea a la crisis del liberalismo argentino no podía compartir el Nuevo Orden que aprendió en Europa, porque se sabía apenas un habitante solitario de la periférica modernidad urbana porteña. A diferencia de las vanguardias intelectuales europeas, era consciente de que el malestar de la cultura liberal de su país no podía ser enfrentado desde la posición de un miembro de la sociedad de masas, sino a través de la solitaria regeneración del nuevo hombre argentino que buscaba la ascesis interior. Sin embargo, a pesar de sentirse un desterrado espiritual en su propia patria, Mallea no fue un soñador que buscaba restaurar el pasado provinciano: su hábitat de intelectual sensible y con fe en los cambios hacia valores morales, era la modernidad del país ur-

bano. Estas diferencias básicas apartarán definitivamente a Mallea en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, no sólo del ideario fascista europeo, sino del nacionalismo católico y restaurador vernáculo, aproximándolo más bien a la reacción espiritualista cosmopolita antiburguesa de varios intelectuales modernistas anglosajones, como Julian Huxley y Waldo Frank. No obstante, desde una perspectiva de historia intelectual, interesa registrar las vacilaciones, ambigüedades y confluencias de ciertos núcleos temáticos de la narrativa de Mallea, que testimonian muy agudamente la crisis espiritual de su país a través de una rebelión antimaterialista y moralista, desde el campo del liberalismo.

Los efectos materialistas no deseados del modelo de desarrollo económico y urbano que emprendieron las clases dirigentes liberales argentinas de la generación del '80, y la emergencia de una sociedad de masas indiferente a los valores espirituales del país idealizado por Mallea, lo condujeron a acuñar la oposición **Argentina visible-Argentina invisible**. La ciudad-puerto, aluvial, inmigratoria, cosmopolita y aburguesada, es el referente social del visible país aparente, que da la espalda a la Nación, profunda e invisible a ojos del ciudadano urbano metropolitano, porque yace en el interior de sus provincias y se aloja solitaria en los pliegues de las almas nobles.

No obstante, esta oposición malleana de la Argentina visible-invisible se nutre de algunos tópicos aprendidos de la rebelión europea antiliberal y antimaterialista. Así, la categoría social de clase dirigente había sido reemplazada en Italia y Francia por la de elite dispuesta a todos los sacrificios en aras de la comunidad nacional, mientras que el anónimo egoísmo de clase fue relevado por el culto al altruismo personal, dispuesto a la renuncia sectorial en aras del bien de la nación. La fuerza de la voluntad de esos seres altruistas para regenerar la comunidad era paralela a la fe en la capacidad interior para resistir al mundo de las realidades exteriores.

Mallea también aprendió de la rebelión antiliberal europea que la desconfianza en el racionalismo positivista como vía para expresar el sentimiento nacional se complementaba, por su parte, con una nueva cultura política comunitaria, que no sólo daba prioridad al interés del país por sobre el egoísmo individual o de clase, sino también negaba la legitimidad de lazos derivados de decisiones voluntarias y de vínculos contractuales para enfatizar los auténticos lazos de la sangre y de la tierra con la

nación, fundamentados en una concepción organicista de la sociedad.⁶

Tal como veremos en algunas novelas, el **telurismo** de Mallea forma parte orgánica de la "pasión argentina", que ensaya autobiográficamente en su famoso libro de 1937; sin embargo, también este tópico tiene filiación europea en el clima de ideas antiliberales: el reconocimiento ontológico de la existencia de una zona de la vida imposible de ser controlada por la razón, la que sólo la intuición y una reflexión esencialista sobre el país serían capaces de expresar. Este es el compartido origen europeo de la flexión irracionalista de escritores liberales como Ezequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea durante los años '30: la convicción de que había llegado la hora de movilizar las profundas fuerzas inconscientes para regenerar a los argentinos invisibles.⁷

II. El viaje a Europa durante la crisis del liberalismo europeo

DE todas las novelas de Mallea, *La bahía de silencio* (1940) quizá sea la que mejor ficcionaliza sus ideas sobre la crisis del liberalismo europeo y la emergencia del fascismo, en un marco de búsquedas existenciales de respuestas personales, capaz de dar sentido espiritual a la crisis argentina durante los años '30. La segunda parte, titulada "Las Islas", está construida con las memorias de Martín Tregua, el protagonista de la novela, quien luego de su fracaso en el proyecto de publicar una revista literaria capaz de ayudar a la regeneración espiritual de su patria, emprende el viaje a Europa para rescatar aquellas ideas que ya no encuentra en su país.

Se ha estudiado bastante el testimonio de los escritores argentinos que emprendían el viaje iniciático a Europa durante los años de la *belle époque* del liberalismo; en cambio, poco se analizó el impacto de la Europa en crisis durante los años '30 en algunos autores del campo intelectual del liberalismo.⁸

Victoria Ocampo escribió los *Testimonios* de su viaje a su amado Viejo Mundo entre 1928-29, cuando redescubrió la Europa intelectual sin reparar en los signos culturales de las vísperas del ascenso del nazismo. A diferencia de Mallea, que

recordará a los hombres y mujeres casi anónimos de Italia y Bélgica, su compañera de *Sur* quiso escribir sólo sobre los grandes escritores y artistas con quienes entabló relación personal; así, en París se reencontrará con el conde de Keyserling, y allí conocerá a Paul Valéry, Maurice Ravel, Gabriel Miró, Benjamin Fondane. Los ecos del fascismo intelectual sólo le llegarán tiempo después de conocer en 1929 a Pierre Drieu la Rochelle, cuya amistad con ella perduró hasta el suicidio del célebre colaboracionista francés, a pesar de que Ocampo combatió las ideas totalitarias del amigo al que respetaba.⁹

Un interesante testimonio sobre la crisis del liberalismo europeo en los años '30 surge de las impresiones de la entrevista que Benito Mussolini le concedió a Ocampo. La escritora se sintió fascinada de conocer personalmente al Duce durante la gira de conferencias en Italia a la que fue invitada oficialmente en 1934, como directora de la revista *Sur*, junto con Eduardo Mallea. Esta fascinación ducal es reveladora de la explícita neutralidad estética de Victoria Ocampo, quien, supuestamente, habría inmunizado sus reservas ideológicas ante el Duce, aunque fuera un año antes de la invasión italiana a Abisinia y la ruptura con Gran Bretaña. En efecto, cursada la invitación oficial por el Instituto Interuniversitario Italiano, y a pesar de que la directora de la revista *Sur* le hizo saber que ideológicamente discrepaba con el fascismo, sus anfitriones la tranquilizaron con el argumento de que ella era embajadora intelectual del pueblo argentino ante el pueblo italiano. De ahí que, en setiembre de 1934, mientras estaba en Roma, aceptó entusiastamente la propuesta de ser recibida por el Duce en Venecia, curiosa de conocer cómo luciría el hombre detrás de su mito. Victoria Ocampo pronunció su conferencia "Supremacía del alma y de la sangre" en Florencia y en Venecia. El 24 de setiembre, en la inmensa Sala del Mappamondo del Palazzo Venezia, fue recibida en audiencia especial por Mussolini, quien le dio los honores de una gran duquesa de las letras. El encuentro duró media hora, durante la cual Ocampo oyó al Duce hablar sobre el rol patriótico de la mujer que debía traer muchos hijos al estado italiano, pero también sobre literatura. En el ensayo publicado en 1935, Victoria Ocampo confesó el *charme* que le provocó el Duce, a pesar de sus temores de que ese hombre iba a conducir a Italia a la guerra; ese *charme* no se diluyó pese a su desacuerdo con la concepción patriarcal del

Duce sobre el rol patriótico de la maternidad en la producción de futuros soldados para el estado fascista. En realidad, también otros escritores fueron seducidos por el encanto de Mussolini. Hasta ese año, y a pesar de sus reservas por las evidencias públicas del militarismo fascista, importantes intelectuales demócratas angloamericanos habían admirado el carisma de Mussolini antes de la aventura colonialista africana.¹⁰ Sin embargo, durante el encuentro posterior de Victoria Ocampo en Londres con Virginia Woolf, la

historia viva, publicado en marzo de 1935: la limpieza de las ruinas romanas, las autopistas, los pantanos pontinos desecados, la organización del *dopolavoro*, la exposición aeronáutica de Milán, "gracias al Duce y por el Duce", hasta la moderna arquitectura urbana la entusiasmaron. La seducción personal del Duce fue irresistible, al punto que en la publicación de ese testimonio de la visita a Italia en el libro *Domingos en Hyde Park* (Ocampo, 1936), aparecido después de la guerra de Abisinia y la invasión a la



gran escritora británica puso en duda el sentido de la entrevista de la directora de *Sur* con Mussolini, a quien calificó en su diario de "rata" (Meyer, 1990, p. 122).

La fascinación de Ocampo por la modernidad de la Italia fascista es inocultable en sus impresiones recogidas a modo de breve ensayo en *La*

República Española que provocaron el giro de varios intelectuales argentinos a la causa de la democracia y de la libertad, Victoria Ocampo no hesitó en dejar intacto el ensayo lleno de admiración escrito en 1935.¹¹

Pero a pesar de su cauta toma de posición antifascista, y sus reservas feministas por el culto

guerrero de los jóvenes en estado de exaltación ante el Duce, Victoria Ocampo no dudó del *ethos* patriótico de la Italia mussoliniana: "Quien no ha visto a Mussolini a la sombra de su Italia en flor, no lo ha visto... En mi calidad de mujer, lo que resulte de ese amor recíproco me parece más importante que todo lo demás..." (Ocampo, 1936, p. 21). Mussolini sedujo a Victoria Ocampo "como una catarata" (Ocampo, 1941, p. 471). Y al igual que otros intelectuales europeos, también la escritora argentina comparaba el entusiasmo de masas de la juventud de la Rusia comunista con la juventud fascista desfilar ante el Führer (Ocampo, 1936, p. 22).

Hasta el asesinato de Federico García Lorca, Mallea y sus amigos del grupo Sur fueron renuentes a alejarse de los intelectuales y artistas por sus ideas políticas pro-franquistas o filofascistas. Hasta entonces, la estrategia de la revista del liberalismo intelectual argentino fue traducir textos de admirados colegas franceses y británicos que combatían el fascismo y el nazismo. La situación cambiará radicalmente con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y la alineación de Inglaterra y Francia en la batalla contra las potencias del Eje: Victoria Ocampo se pronunciará abiertamente contra el nazismo en el editorial de *Sur* de setiembre de 1939, fundamentando esta toma de posición pública no en términos políticos, sino como gesto de defensa de los valores espirituales y morales de Occidente amenazados por el nazismo. Después de la caída de París en junio de 1940, *Sur* adoptará una postura abiertamente antinazi, y al ingresar EE.UU. a la guerra luego de Pearl Harbor, la revista formará legión alineándose junto al campo intelectual aliadófilo del país y exigiendo el fin del neutralismo argentino.¹²

Eduardo Mallea también fue invitado por el Instituto Interuniversitario Italiano, junto con Victoria Ocampo, a pronunciar en Roma una conferencia el 12 de setiembre de 1934, titulada "Conocimiento y expresión de la Argentina", que repetirá en Milán una semana después (Mallea, 1935). La crítica antifascista posterior nunca le perdonó estas conferencias oficiales en las que fue presentado en Roma por Giovanni Gentile, y en Milán, por Cesare Zavattini, ambos intelectuales orgánicos del régimen de Mussolini. Muchos años después, Mallea recordará junto a Victoria Ocampo sólo la frivolidad de aquella visita y el pintoresco entorno de su recepción oficial en los círculos aristocráticos de la Italia fas-

cista, sin que asomara ningún recuerdo de lo que ocurría en el pueblo exaltado por su Duce:

Ah, aquel fue un viaje divertido. ¿Se acuerda de cuando le dije al conde V... que en nuestra América tomábamos en broma a los condes? (...) Recuerdo mi conferencia en el Palacio Giustianiani, el miedo que yo tenía, los ensayos de la lectura en italiano, la presentación de Giovanni Gentile y sus felicitaciones tranquilizadoras. Recuerdo los días que siguieron: sus conferencias en Florencia y Como, antes de la otra mía de Milán, cuando me presentó César Zavattini (...) Recuerdo la comida en casa de la Sarfatti. El esplendor de la Villa d'Este, el lago sobre el que el hotel avanzaba, en medio del ruido de los aviones (...) Recuerdo los días en casa de Nina Ashmead Bartlett, donde estaban aquellos otros amigos, la condesa de Yebes y Marichalar... (Ocampo, 1969, pp. 49-50).

Sin embargo, las conferencias de Mallea en la Italia fascista no tenían nada de pintorescas. En ellas se preanuncian algunos tópicos que elaboraría en sus próximas novelas y ensayos. Pensando en términos comparativos América-Europa, Mallea confesaba a los italianos que escuchaban su "Conocimiento y expresión de la Argentina", la nostalgia por el viejo principio del orden perdido en el país de su infancia. Desde 1900, confiesa en voz alta, su país viene sufriendo la división y descomposición de su nación, su sociedad, su cultura, su política, a causa de la irrupción, por un lado, de las masas, y por el otro del individualismo egoísta burgués, que destrazan la unidad orgánica y las jerarquías espirituales tradicionales. A diferencia de la tradición clásica de la civilización occidental italiana, capaz de resistir la crisis, Mallea lamenta que América no posea conocimiento y expresión de sí misma, salvo rudimentarias técnicas culturales que sólo delatan su pobreza esencial. Huérfano de todo patrimonio cultural clásico para intentar galvanizarse ante el espíritu de facción argentino y la irrupción de productos espurios que falsifican la realidad, el escritor argentino se encomienda a la capacidad regeneradora del Viejo Mundo como fuente de inspiración (Mallea, 1935, pp. 19-23).

Esas ideas se ficcionalizan en la primera novela de Mallea, *Nocturno europeo*, publicada también en 1935.¹³ Cronológicamente, es el primer libro del viaje iniciático europeo que emprende el mismo y único personaje angustiado, protagonista del ciclo novelístico malleano, para intentar descubrir el sentido de su malestar diurno. A partir de este libro se inicia el ciclo de las confesiones del argentino invisible, personaje único hablado por un único narrador solitario y

omnisciente, habitante de la noche, donde busca seres con quienes entrar en comunión. El viaje a Europa de Adrián es un rito de contrición, a través del cual puede hacer un alto en el camino diurno, en su patria irreconocible y realizar el balance amargo de su vida. De ahí que los vínculos que entabla con los europeos sean meros pretextos para descubrir la imposibilidad de sostener relaciones con el mundo exterior a sí mismo. Ese es el sentido de su frustrada aventura con Miss Dardington. La noche europea, en verdad, es el despojamiento del día porteño, y el acceso al nocturno viaje de regreso para descubrir la Argentina invisible, tierra adentro de su patria. En su deambular nocturno, Adrián se prepara para conocer "la solidaridad ecuménica, casi fluida, por lo perfecta, casi sobrehumana, por la perfección de los lazos que creía al fin posibles en la unión entre criaturas y criaturas" (p. 29). Eligió ir a la Europa de 1935 para purificarse de "vanidades, palabras e imaginativas delectaciones" de su vida diurna argentina, y al cabo de ese viaje de despojamiento interior en el que se descubre "atrozmente deshabitado como no fuera de aflicción y exilio", Adrián retornará a la Argentina invisible, *leitmotiv* central de la principal obra de Mallea. Viaje de despojamiento interior, la experiencia europea también constituyó el reconocimiento para Adrián de "que se estaba produciendo un fenómeno universal semejante a ese relajamiento del orden que precedió al Renacimiento..." (p. 35).

La crisis del liberalismo en Europa no fue observada por el narrador en sus singularidades concretas tal como las describiera el protagonista de la otra novela, *La bahía de silencio*, pocos años más tarde, sino en la abstracta sensación de confusión diurna y desorden urbano. El viaje de Adrián a la Europa en crisis puede ser leído como el peregrinaje de un nostálgico en búsqueda de los signos del orden clásico de Occidente, previos a su fragmentación. Adrián quiere ver ese orden en los rastros de la vieja ciudad medieval, sabia y justa, así como en la obra de creación divina. No es casual que Adrián se asombre por "el modo como se había atentado contra el sentimiento inmanente del edificio" de la Abadía. Los estragos de la modernidad, para felicidad del viajero porteño, no lograron dañar la sabiduría del Palacio de Justicia ni los arquitecturas de Notre Dame. Muy revelador es su descubrimiento, en una obra de Benozzo-Gozzoli, de que "el secreto de su grandeza residía en un acto de total entrega", ya que se sometía "virtuosa, cir-

cunstanciada y minuciosamente a la jerarquía de naturaleza divina que en el mundo levantaba sus formas" (p. 37).

Tal como Leopoldo Marechal observó con perspicacia en su comentario al libro de Mallea, Adrián es un personaje extraño al paisaje urbano de la modernidad europea, y por eso halla, en cambio, un bálsamo reparador en la contemplación del equilibrio del paisaje natural: "¡Si se pudiera dar a una vida el ritmo de las aguas, el ritmo de los árboles! ¡Esa unidad, esa imperturbabilidad activa!". Finalmente, Adrián se despidió de Europa con una confesión de su fracaso diurno que, no obstante, constituye la cifra del orgulloso triunfo del habitante nocturno: "¡Gritemos lo que somos, declaremos nuestro contrabando delictuoso, nuestra carga clandestina de incertidumbre e inhibición y falta de simplicidad!" (Marechal, 1935).

Tal confesión de su fracaso diurno se tornó para Mallea en la divisa del oficio del escritor frente a su tiempo, cuando solicitaba de los intelectuales el coraje de escribir con el espíritu "y confesarnos la causa de nuestro fracaso" (Mallea, 1935, p. 29).

Precisamente de esa confesión estarán compuestos los textos más importantes de Mallea. En 1937 publicará en clave ensayística, *Historia de una pasión argentina*, confesión de esa especie de fracaso común. Tres años después volverá a confesar nuevamente su fracaso, en *La bahía de silencio* (1940), esta vez en clave de historia novelada de esa misma pasión argentina, al decir de Bernardo Canal Feijoo (1940, p. 152).

Pero a diferencia de Victoria Ocampo, su compañero de redacción de *Sur* recordará la otra cara de la Italia fascista y de la España ensangrentada por la guerra civil, en las impresiones de viaje narradas en *Nocturno europeo* (1935), las cuales madurarán gracias a sus observaciones profundizadas por el seguimiento de la situación en el Viejo Mundo, que expresará en su novela *Fiesta en noviembre* (1938). Pocos años después extenderá a otros países su indagación contrapuntística sobre la crisis de la razón liberal simultáneamente en Europa y Argentina —alimentada dicha indagación por sus fluidos contactos transatlánticos como secretario de redacción del suplemento cultural de *La Nación*— hasta llegar a plasmar su reflexión ficcionalizada más lograda en *La bahía de silencio* (1940).¹⁴

III. De las islas de la Europa en crisis a la bahía de silencio en el Plata

A la segunda parte de *La bahía de silencio*, titulada "Las islas", nos brinda algunas pistas para comprender el sentido del viaje emprendido por Mallea al Viejo Mundo, con el intento de descubrir los fundamentos que sobrevivirían a la crisis de la civilización occidental como fuente moral de regeneración de su patria. Sin embargo, esta segunda parte se cierra con la profunda desilusión que experimenta el narrador ante la Europa fragmentada en los años '30. La decisión de emprender el viaje es tomada por el protagonista, Tregua, luego de su fracaso en el proyecto de una revista cultural con pretensiones regeneradoras en la Argentina de los primeros años de la Década Infame. Este fracaso es muy significativo. El nombre de la revista, *Basta*, y su insignia (una nave dibujada en negro ostentando su vela latina) connotan el esfuerzo de establecer una publicación espiritualista pero combativa, que logre atraer desde intelectuales católicos disconformes, pasando por simpatizantes de Mussolini como el doctor Jazmín Guerrero –"tomista en filosofía y reaccionario en política"–, hasta dos jóvenes efebos estetas, pro-monárquicos y tradicionalistas, admiradores de Chesterton y Maurras, anhelosos de rebelarse contra el orden político y social (Mallea, 1966, pp. 152-54). Pero el primer número de *Basta* también atrajo a jóvenes intelectuales nacionalistas que buscaban confusamente un orden nuevo: es el caso del intransigente Anselmi, quien aspiraba hallar la nueva fuerza "en un hontanar oscuro y misterioso de la esencia popular", o de Blagoda, quien amaba a D'Annunzio y Pushkin como fuente de "inspiración originaria de los grandes estados de exaltación pública" (p. 109).

En realidad, el material de combate del primero y segundo números de *Basta* no se solidarizaba abiertamente con el fascismo italiano, a pesar de que Lorrie, uno de sus admiradores, creía que se parecía al periódico *Avanti* de Mussolini. La revista cultural de Tregua expresaba más bien la versión porteña del clima intelectual de rebelión cultural que acompañó en Europa el ascenso del fascismo: "atacaba la degeneración política, la confusión de valores, la declinación de la conciencia civil", confesará su director (p. 99). Pero en el artículo de fondo del segundo número, Acevedo advertirá que

la mística nacionalista genuina "de un país de tradición eminentemente guerrera y conquistadora no puede servir para un país de tradición fenicia y comercial" como la Argentina. De ahí su temor de que los "raptos emocionales del pueblo" fracasen en "los momentos decisivos de ir a probarlo" (pp. 104-5).

Toda la primera parte de *La bahía de silencio* rumia el fracaso de esta empresa intelectual regeneradora, presentada por el narrador a modo de metonimia de un estado de ánimo más grave entre los argentinos disconformes con su país: porque *Basta* rumia "el odio cada vez más robusto por los que traicionan a esta tierra" (p. 181), frase emblemática con la que Tregua cierra la primera parte de la novela de Mallea.

En este trasfondo de odio y desilusión por sus compatriotas, Tregua decidirá su viaje a Europa, esperando hallar en el Viejo Mundo algunas certezas perdidas definitivamente en Argentina. Desde el inicio mismo de su peregrinación espiritual a los restos culturales del pasado, Tregua ensaya oponer la "ciudad sin gloria" del Plata, donde no pudo prosperar su proyecto de regeneración espiritual a través de una revista cultural, al equilibrio urbano y el orden espiritual de las viejas ciudades europeas.

Tregua decidió huir de aquella metrópoli materialista cuya vertiginosa modernidad crecía sin orden alguno, hastiado de "manifestar la torpe opulencia de un propietario o la arborescente y multifoliada arrogancia de un industrial", tan odiada por un alma patricia que sufría la invasión de los argentinos visibles al solar de la patria. Buenos Aires fue gloriosa en el origen incontaminado, en los tiempos de la gran aldea que Tregua añora precisamente en Europa: aquel "perímetro primitivo y colonial (...) era glorioso, sobrio y digno como el rostro de la joven historia del país", años antes del "advenimiento de la horda extranjera" (p. 316).

Dentengámonos en esta aparente contradicción del narrador de *La bahía de silencio*. Tregua viaja al Viejo Mundo para reconocer las fuentes modeladoras de su Argentina invisible: no las comarcas europeas de donde salió la "horda extranjera", esa "ola del arrebate ambicioso y los especuladores de fondos y destinos" que invadió su ciudad criolla. Empero, al cabo de su peregrinación por Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica, Tregua no hallará los rastros del Viejo Mundo idealizado. En cambio, descubrirá los nuevos signos de un conjunto de islas humanas solitarias

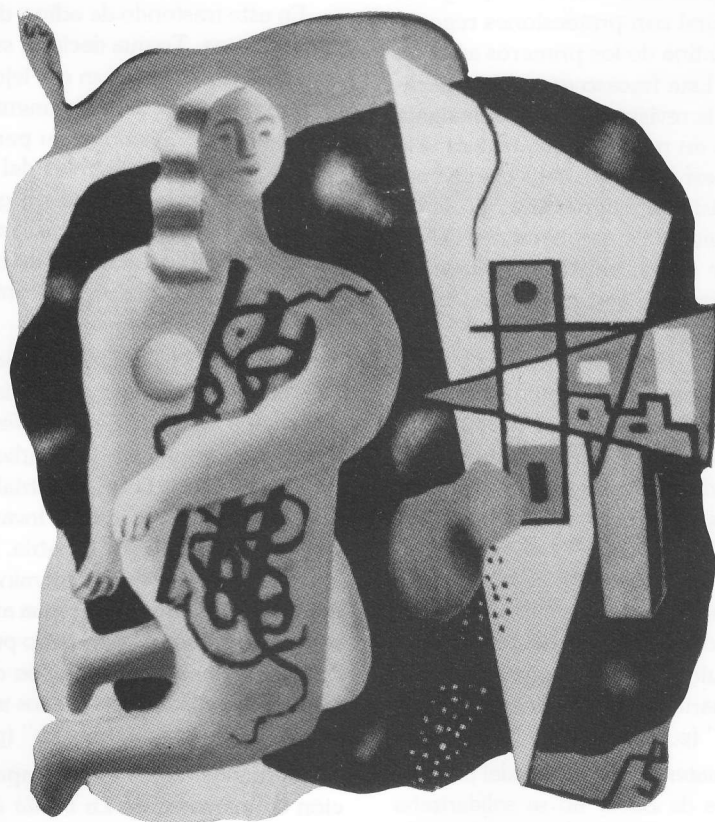
que sobreviven como pueden a un finisecular orden liberal en crisis, acechado por nuevas ideas y atravesado por una sensibilidad cuya existencia no sospechó siquiera desde Buenos Aires.

Algunas de estas ideas van a hacer reflexionar al personaje central, a quien también lo seducirá la nueva sensibilidad de la modernidad cosmopolita europea, en medio de cuyas muchedumbres extranjeras va inventando, a su vez, la historia de otro personaje de novela moral.

En Italia, durante su viaje en tren de Milán a Como, interesan menos los estereotipados diá-

social", Tregua replica a sus interlocutores desde una posición espiritualista católica: "Yo no creo mucho en un progreso moral que se base en el ajuste de un pueblo a una disciplina práctica. Cuando un hombre crea o cree auténticamente, es decir, desde un fondo ardiente y religioso, su trato esta empeñado con fuerzas de naturaleza sobrehumana, y entonces ningún poder humano puede importarle o reducirlo" (p. 210).

Tregua confiesa su seducción por el heroísmo y el valor fraterno simbolizados en aquellas Camisas Negras antes de su transformación en tropas



logos de los dos oficiales Camisas Negras sobre el régimen fascista, que las réplicas de Tregua al discurso ideológico oficial. Así, ante la idea fascista de que el progreso del hombre no puede hacerse sólo en su interioridad sino en medio de la masa, "corpóreamente fundido con el todo

de choque disciplinadas por el Duce, cuando eran usadas por los primeros fascistas en señal de luto por sus camaradas caídos, "aquel duelo masculino, sobrio y determinado y lleno de coraje, un bello gesto lleno de discreta solemnidad" (p. 211); Tregua podía disociar las ideas del fascismo del gusto

que experimentaba por la franqueza y espontaneidad en el temperamento de esos oficiales fascistas "que le hacían parecerse a nosotros, los americanos del sur" (p. 213).

Un tipo intelectual interesante entre los europeos que encuentra Tregua en Bruselas es el médico Ferrier, alma rebelde y solitaria, completamente decepcionado de las ideologías revolucionarias, a las cuales reemplazó con el frenesí del placer, el anhelo de vivir peligrosamente el presente a través de relaciones apasionadas con mujeres y su disposición de brindarse enteramente a sus amigos. La poesía escrita de Maiakowski le desagradaba por ser subalterna al régimen; en cambio amaba la poesía "de su vida, su suicidio en aquel hotel (...) uno de los héroes cuyo sacrificio era necesario a fin de demostrar que Rusia no es hoy clima para la poesía (...) Es menester una nueva Revolución en ese país" (pp. 216-7).

Pero son los personajes femeninos, inteligentes, libres y voluntariosas, quienes seducen a Tregua más que los hombres. Blanche Alost, antigua amante de Ferrier, fascinó a Tregua apenas se la presentó en un almuerzo. Casada con un noble vienés, esa unión fracasada marcó la vida de Blanche. Desde entonces arrastraba algo muerto, sin superarlo, y su vida le servía, según el espíritu nietzscheano más puro, como un modo de sacar ventaja a la muerte: "el único privilegio de ciertos ciclos terrible del vivir, es el no tener que volver a pasar por ellos. De aquella inercia ha surgido en mí una desesperación por vivir al día, por quemar cada hora hasta su última porción visible. Pero todo con la evidencia de que una parte en mí ya no se compromete en nada, y todo lo actual está vivo desde una región no profunda de mi naturaleza, hacia afuera" (p. 230).

Blanche es la mujer que dejó de vivir la verdadera pasión de su existencia: ella sobrevive a una vieja pasión, y como el autor de *Historia de una pasión argentina*, también se deleita en narrarla a sus amigos y amantes. Blanche es un personaje intelectual gemelo de Tregua: vive su fuerte vitalidad dividida entre el afuera y el adentro, el día y la noche, lo visible y lo invisible. Al igual que para Mercedes Miró, el imposible amor porteño de Tregua, tampoco existe pasión posible para ese sosia femenino y europeo del protagonista: "¿Pasión? ¡Qué horror! Apasionarme es durar. Y lo que yo quiero es precisamente no durar. Lo que yo quiero es combustión. Desvivirme. ¿Sabe usted lo que es desvivirse?" pregunta Blanche a Tregua (p. 230).

De algún modo, Tregua se siente atraído por esos hombres y mujeres que se desviven en la Europa sin certidumbres y con amenazas de guerras territoriales. En un "mundo desquiciado (...) que se ha salido de los goznes" (233), los personajes que fascinan al protagonista de Mallea son seres que sobreviven a un antiguo orden feliz y sueñan con restaurarlo: exactamente lo contrario del ideal revolucionario fascista de masas. Al revés de la pasión por la acción nacionalista movilizadora del *ethos* fascista, el íntimo amigo de Tregua es un nostálgico de la armonía perdida por la modernidad europea en crisis, "producto de cierta Europa vencida que gira en la pista de su propio desconcierto". Y a diferencia de la sensibilidad fascista, este hedonista "que se abroquelaba en una altiva displicencia" (p. 234) no admira a los pocos héroes dispuestos a morir por recuperarla:

-La vida nos tiene cercados, confinados. En cuanto soñáramos con escaparnos nos encontraríamos con la pared, los muros, o el foso; con el gran vacío.

-¿Quiénes son los que no viven así?

-Los que se han encontrado -refutaba Ferrier-; los que han dado a su vida una unidad, un sentido.

-Pero esos son los héroes en esta guerra blanca del mundo...

-Sí, verdad, y nosotros los soldados rasos...; la carne de cañón...

-Tal vez lo que estamos esperando es el momento del heroísmo.

-Bah -decía Ferrier-, ¡El momento del heroísmo! ¿Qué quiere decir eso? ¡El momento del heroísmo! ¿Vamos a luchar por la causa de los chinos? (p. 234).

Resulta significativo que Mallea haya estructurado la segunda parte de *La bahía de silencio* como una confesión a dos voces, estructurada contrapuntísticamente entre los antihéroes europeos que conoció en Bruselas y Juan Argentino, ese héroe moralista de ficción paródica sobre el que Tregua empezó a escribir en Buenos Aires y continuó desde Europa, pensando siempre en su patria.

La conciencia moral de Tregua necesita deambular por Europa para inspirarse y escribir un discurso monológico sobre la Argentina a través de la invención de un *alter ego* intelectual, perseguido por su misma pasión nacional de conocimiento del destino de los argentinos invisibles. No sorprende, pues, que el personaje narrador omnisciente de la novela dentro de la novela se llame Juan Argentino.

A diferencia de Ferrier, Juan es el héroe legendario pronto a dar el combate para liberar a su ciudad de los compradores de gabinete, chantajistas y especuladores que sofocan al país desde el "estuario del río", el gran responsable del "contrabando de la patria", según Tregua. Además, al contrario de los antihéroes que conoció Tregua, Juan está sediento de acción antiburguesa, investido de los signos de una cruzada regeneradora, la cual es anunciada en un tono de parodia que contrasta con el rumiar existencialista del protagonista de Mallea: "De manera que el combate, el día que lo diera Juan Argentino, había de librarse allí, en ese río, contra esos negros contendientes, esos impuros, los compradores". El villano de esta parodia al heroísmo fascista es el doctor Larguiros, inescrupuloso senador conservador (llegó a ser ministro por corto lapso) que vive en un palacete francés de la calle Rodríguez Peña, en medio de un refinamiento de *flâneur* decadente, semejante al ex juez y bibliófilo Javier Jarcelin (*habitué* de las fiestas en la casona de Eugenia Rague, protagonista de la anterior novela de Mallea, *Fiesta en noviembre*), y pragmático realista que entró en negociados con los personajes más corruptos de la oligarquía.

Esos "contrabandistas de la patria" eran representantes extranjeros de empresas financieras y compañías de seguro, ávidos de negociados con los gobiernos conservadores de la Década Infame: "¿Usted no ha leído mi artículo sobre el papel de los Directores Extranjeros en la grandeza nacional?", le pregunta el abogado al bibliotecario del club de *gentlemen*, "Es no querer entender el espíritu de la cuestión, la clave del asunto. ¡Lo que pasa es que son una punta de ignorantes! ¡Y qué falta de realismo, qué falta de realismo! Ustedes no comentan el asunto sin estar en el quid, esperen y verán son los capitales extranjeros la única posibilidad, por decir así, instrumental. Hay que fomentar lo que hagan. Ya verán usted lo que el país sale ganando" (pp. 238-9). Y en foma análoga al comportamiento de los gestores extranjeros amigos de Eugenia Rague, el banquero Gehens actúa como asociado financiero junto a Jarcelin para obtener pingües negociados: "Hace diez años que está en la Argentina y conoce a todos los hombres del país como las arrugas de su mano de abate laico o de monarca, pálidas, pulidas... Una personalidad, sin duda... ¡Qué habilidad y qué simpatía de trato! ¡Es un Mazarino y merecería a la vez gabinetes y antecámaras vaticanas!" (p. 237).

No sólo le fue imposible a Tregua entusiasmarse durante su periplo europeo con ningún héroe altruista como Juan, dispuesto a sacrificarse en aras de la comunidad nacional: tampoco evoca a ningún representante de la revolución nacional italiana o alemana que le impresione. Significativamente, el único revolucionario fascista que evoca el narrador de la novela dentro de la novela está encarnado en el sobrino nacionalista del villano Jarcelin, cuyo programa en favor de un Orden Nuevo para la Argentina escandalizó a su tío conservador: "¿Qué es ese grotesco hablar de un orden nuevo? ¡Orden Nuevo! Hoy se comentaba en el club ese alegato último tuyo, tan violento, en favor de una reglamentación revolucionaria en el orden impositivo. Esto, todo el mundo lo suma a tus arranques reinvidicadores. No puedo ocultar que me parece una posición falsa y que esa posición es, por muchos motivos, nociva. Nosotros pertenecemos a una clase de gente que ostenta la camisa limpia; nuestro sitio está al lado de los nuestros" (p. 240).

En contraste con el clima de efervescencia nacionalista de Argentina, a Tregua le parecía que aquellos exiliados antifascistas que se reunían en el viejo teatro D'Harcourt en Bruselas eran irremisiblemente impotentes para la acción que proclamaban. Sumidos en el pasado, y sobreviviendo un presente donde estaba ausente la pasión, apenas eran capaces de reemplazarla con emociones transitorias o, en el mejor caso, con especulaciones teóricas. Scariol, admirador de Mussolini en sus años de estudiante de arquitectura, se alejará voluntariamente en 1930 de Italia, asqueado del régimen. En su exilio belga intentará desprestigiar al Duce junto con otros intelectuales. Tregua simpatizaba humanamente con Scariol, pero lo consideraba poco inteligente, y en especial, le disgustaba que estuviera alimentado sólo de odio e impaciencia. Sus amigos taciturnos hablaban de insurrección, pero se encontraban existencialmente muy lejos de emprender cualquier acción concreta. Cesare Autoriello, ex profesor de histología en Turín, biólogo y amigo de Benedetto Croce, pasó cuarenta años de su vida encerrado en el laboratorio, antes de salir al exilio con su familia, hasta que la muerte accidental de su hijo lo trastornó. El hijo había escrito un texto aún inédito, "Crónica de los últimos diez años de Europa occidental", el cual el padre corregía sin fin hasta censurar su agresiva descripción de la crisis europea. Autoriello representaba para Tregua el sobreviviente intelectual del liberalismo de fin de siglo que la crisis europea hizo despeñarse, y la crónica de

errores y fracasos escrita por su hijo resultaba intolerable al viejo profesor. Todo su empeño estaba puesto, según la crítica de los otros exiliados antifascistas, en moderar la crónica europea de la crisis hasta desfigurarla, con el mismo ahínco, simétrico pero inverso, con que Scariol quería oponer infructuosamente a la dictadura fascista la violencia de la acción solitaria. Tregua, sin embargo, admiraba al nostálgico biólogo, porque “la violencia se mata con espíritu, aunque esa violencia sea la más activa del mundo, y ese espíritu el más pasivo”. El modelo humano de la no violencia durante los años del fascismo para Tregua-Mallea (al igual que para Victoria Ocampo) era Gandhi (p. 295). Y sin comprender la naturaleza del régimen fascista al que combatían, Tregua admiraba en los exilados antifascistas sólo los residuos de aquella inteligencia del liberalismo al que sobrevivían: “Eran los últimos sobrevivientes, los últimos representantes del intelecto no pisoteado, subordinado y envilecido por un silencio servil. Eran los restos de una Europa que se tornaba otra cosa, diferente a sí misma, incalculablemente aventurada en rudas y vírgenes” (p. 303).

Pero, muy curiosamente, mucho más que a esos exiliados italianos antifascistas, Tregua admiraba la capacidad creativa, intelectual y artística de los otros exiliados que no podían soñar siquiera en regresar a su patria: los refugiados judeoalemanes del nazismo. “De repente, sin que ninguna circunstancia especial me llevara a ese tema, comencé a hablar del éxodo de judíos alemanes, que había acabado por crear pequeñas interesantes colonias en Amsterdam, Londres, toda América, Jerusalén. Ya estaba fermentando en esos sitios, a pesar de los pocos meses que llevaban allí, su levadura. Obras, iniciativas, un germinar de inteligencia partía nuevamente al mundo desde esos sitios. No podía dejar de manifestar mi simpatía por toda esa gente en quien el dolor es tan fértil y que, perseguidos, no dejan de crear como víctimas cuya expiación fuera el fruto mismo. Elogié con calor algunos artículos aparecidos recientemente en la revista *Die Sammlung*, que imprimía en Querido Verlag, un hijo de Thomas Mann” (p. 284).

En cambio, Tregua estaba simultáneamente lejos y cerca de los angustiosos debates del grupo de exiliados antifascistas. Su fe lo aproximaba a ellos pero al mismo tiempo lo alejaba “porque el fondo de esa fe era negativo. Tenían fe en que algo iba a cesar: no tenían fe en que algo iba a nacer (...) La vida es afirmación. Los dudosos,

los opositores son siempre seres enfermizos”, reflexionaba Tregua (p. 306).

La crisis del viejo liberalismo europeo no se asemejaba al malestar que sentían en sus almas gemelas los argentinos Tregua-Mallea: ellos no creían que hubiera que buscar la raíz de la crisis en sus respectivos regímenes políticos y sociales, sino en el modo en que se debatían sus más atormentados espíritus ante la búsqueda interior de sus esencias nacionales, *ethos* que sólo yacía en el corazón de la tierra, no en los discutibles sistemas de gobierno. El telurismo al que se encomienda Tregua para develar los enigmas de su malestar existencial es la clave intelectual para diferenciarse de sus amistades sonámbulas de Europa:

Yo pensaba en mi tierra y en el aliento de sus hombres dignos y profundos. Ellos se iban a levantar alguna vez, pero no como estos, sino llenos de esa voluntad de construcción inteligente y honestamente combatiente que se parece a la marcha de un hombre que sabe adónde va y que no necesita más que conocer su fuerza para no andar con gritos y ademanes. Un hombre caminaba en mi tierra, en la Argentina. Venía desde abajo, desde lo profundo del país, desde la raíz de esa continuidad espiritual que es una nación, y camina, a partir de todos los extremos... (p. 306).

Este sentimiento telúrico no podía ser percibido por la nueva sensibilidad europea, porque era raigalmente argentino. Tregua tuvo la iluminadora intuición de que el grupo de exiliados políticos era incapaz de escuchar el llamado profundo de la tierra: “Se engañaban a sí mismos con la idea de vivir ordenados a una acción naturalmente sagrada. Si esa idea les hubiera faltado, habrían perecido de amargura y nostalgia en algún rincón de la vieja ciudad, oyendo desde su adiós agónico el lejano rumor sobreviviente de su tierra” (p. 303). Al cabo del periplo europeo, esta intuición ayudó a Tregua a tomar una decisión patriótica: regresar a la ciudad de los argentinos invisibles, atraído misteriosamente por el llamado de la otra voz, aquella que le habla desde las profundidades de su tierra nacional: “Era mi carne, la raíz de mi carne, la tierra carnal, lo que me llamaba. Yo no podía andar, no podía dormir, no podía continuar sin oír esa apelación, esa fuerte necesidad de volver. Al lobo andariego lo llama de repente la guarida” (p. 307).

Sin embargo, hasta el último día de su viaje europeo Tregua se sintió atraído precisamente por esos intelectuales a pesar de su cartesianismo finisecular, en la medida que desconfiaban de

la vieja razón liberal para dar cuenta del malestar que sufrían. En especial se sentía próximo a la rabia y desesperación de amigos como Ferrier:

"Rabias oscuras, rabias sordas que andan sueltas en mí, en el subsuelo de mi vida. Siento, veo cosas iguales, mentiras iguales, a mi alrededor. Las siento: están ahí. En todas partes vive la misma comedia siniestra. El olor que yo me tomo es el olor nauseabundo de toda una humanidad, en estas horas. Horas de pequeños burgueses nauseabundos, pequeños resentidos nauseabundos, pequeños dioses nauseabundos, que quieren ocupar el plano de arriba... ¡No basta que desaparezca una mentira individual! Tiene que venir otra cosa. ¡No sé de dónde, pero tiene que venir un fuego, algo que nos consuma y nos limpie de putrefacción, de hedor, de farsa! ¡Algo, algo de fuente humana o divina!" (p. 287).

A pesar del influjo irresistible que ejercía este tipo de discurso irracionalista, Tregua temía a los fuegos purificadores que ardían en la hoguera de la revuelta intelectual contra la Razón liberal europea durante los años del triunfo de la cultura política fascista. Mucho más próximo a su espíritu de intelectual elitista temeroso de las masas fue el influjo que ejerció el exquisito decadentismo y la aristocrática caridad cristiana del intelectual inglés Denis Atkinson. Hace tiempo que este hijo de un Lord británico había abandonado su juvenil anarquismo egoísta, para oír imperturbable sólo las voces de sus semejantes, "acompañado del *In Memoriam* de Wordsworth y las de su propio alma. Cuando conoció a Denis, lo sedujo a Tregua esa simplicidad del noble que abre los ojos dispuesto a ver el dolor del prójimo como acto de caridad" (p. 278).

Diseñado sobre el modelo estético-ideológico de su autor, el personaje único de Mallea desconfiaba de la acción revolucionaria fascista debido a su estatismo agresivo, a la par que permance distante de la militancia antifascista de los intelectuales exiliados debido a su revanchismo político. Tregua desprecia los frutos civilizados de la modernidad europea en crisis, y sólo ve con buenos ojos, en el revés de la trama del liberalismo en decadencia, los restos de su civilización: el vitalismo perdido antes del aburguesamiento, el espiritualismo invisible de las ciudades del viejo mundo empobrecido de su naturaleza clásica por el progreso material: "La enfermedad del mundo occidental, una especie de empobrecimiento de las fuentes morales, una sequedad actuante, de no vida que actúa como vida, y como vida supercivilizada... Hijas de estos hombres, las generaciones nacen agostadas, con una mínima posibi-

lidad de establecer sobre la tierra el imperio de una **naturalidad** caudalosa, puesto que sólo **el fuerte es natural, nunca el débil**, nunca el que se defiende, el prevenido contra el ataque" (p. 273; el subrayado es mío).

Finalmente, Tregua regresará a la Argentina a buscar al **fuerte**. Su regreso lo tonifica, vuelve como un ser vital y natural, aunque los ciudadanos de Buenos Aires lo confundan con un escéptico y derrotado. A partir del regreso comienza la tercera parte de *La bahía de silencio*, cuyo título es, precisamente, "Los derrotados". El tropo elegido es un oxímoron, no una metáfora. El protagonista resucita de la muerte, triunfa a pesar de su aparente derrota, se repliega en la soledad de su espíritu, a pesar de que el mundo urbano corrupto simula ser el verdadero. Y como no podía ser de otro modo, el regreso de Tregua coincide con la finalización de la novela protagonizada por Juan Argentino, *Las cuarenta noches de Juan Argentino*, durante las cuales el héroe resucita a través de una ascesis interior. Tregua imagina todo el desasosiego y felicidad del fin de su peregrinación europea y la vuelta a la patria, al terminar de escribir esta novela. Ella alegoriza la Nueva Argentina, pero invisible, aquella no contaminada por los efectos no deseados de la modernidad urbana ni por el progreso. La metáfora femenina del amor imposible es Gloria Bambil, hermana gemela de la belga Blanche, ideal de la mujer del buen hidalgo empobrecido que sueña a su Dulcinea en términos cívicos. Tregua le confiesa a ese ser asexual su amor por la regeneración de la patria envilecida en la república liberal en crisis:

"Representaba para mí, mujer como era, una suma de mis aspiraciones profundas en cuanto al hombre de esta tierra: una dignidad, una negación al soborno, una resistencia a las vilezas que la vida propone, una fe en la calidad señorial de la vieja Argentina, un desprecio por los recién llegados y los ambiciosos serviles, un desapego tal a todo cuanto fuera predatorio, astuto, hazaña de vivo, torpemente ingenioso o torpemente ganancioso, bajo, subalterno e inculto, ininteligente, insensible, que yo habría querido cuidarla y seguirla hasta ver producir de usted un poco del tipo de la nueva Argentina. Quizá sus hijos se parecieran a los hombres del país interior, a los míos..." (p. 448).

He aquí el fin del itinerario de Tregua: de la peregrinación en la Europa en crisis al aislamiento nocturno en la bahía del silencio de Buenos Aires. La nueva sensibilidad que aprendió de Denis Atkinson en Europa le ayuda a revelar la so-

litaria sensibilidad cívica de Gloria Bambil, que ama desde "el callado corazón del país" donde se repliega. Pero su repliegue es en la bahía del silencio donde esperan el triunfo final los elegidos, no los derrotados: "¡Qué hermosa y que profunda es la bahía! Ahí están los que, de su fracaso, han hecho un triunfo (...). Yo estoy al lado de los que esperan el triunfo final recogidos en la bahía de silencio (...) [donde] a la hora final a quienes trae elegidos es a los triunfadores definitivos" (p. 452).

Acaso en este sentimiento de no derrota resida la originalidad de la respuesta personal de Mallea a

la crisis del liberalismo de los años '30. Su fe en la paciente espera de las elites intelectuales elegidas para regenerar el país, rompe definitivamente con la tentación autoritaria del nacionalismo. Pero también su soledad se aleja del pesimismo y desesperación de algunos intelectuales liberales, como Martínez Estrada ("si no somos multitud, somos compañía dentro de la multitud", les recuerda, p. 451), a la par que demuestra a sus contertulios cosmopolitas del grupo Sur, la necesidad de pensar la crisis mundial mediante la legitimación moderna de tópicos irracionales, como el telurismo, a pesar de haber sido tomado éste del repertorio nacionalista tradicional.

NOTAS

- 1 Véase la historia intelectual del nacionalismo restaurador realizado por Buchrucker 1987, cap. 3; sobre el tratamiento de la cruzada nacionalista durante los años '30 como consecuencia de la ausencia política de un fuerte partido conservador en Argentina y el temor de las clases dirigentes a los cambios sociales y políticos de la modernización, véase Rock, 1993, caps. 4-5. Una discusión sociológica sobre el fascismo y el nacionalismo católico de algunos intelectuales argentinos analizados por Buckrucker puede verse en Nascimbene y Neuman, 1993; un estudio del nacionalismo integralista y populista ante la cuestión judía, en Spektorowski, 1993.
- 2 El mejor estudio acerca de los efectos de la modernización de los años '30 sobre los hábitos privados y acerca de la subjetividad como espacio en personajes intelectuales de Mallea que buscan analizar racionalmente sus pasiones, fue escrito por Beatriz Sarlo, 1988.
- 3 Véanse especialmente las descripciones de las mujeres heroínas de su colección de relatos *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), que encarnan los valores de los "argentinos invisibles"; particularmente el personaje de Cristiana Ruiz en "Solves o la inmadurez". Véase el análisis de María Inés Lagos-Pope, 1985.
- 4 Sobre la influencia del vorticismismo en los escritores ingleses, véase Lemaire, 1982. Para un análisis de la participación de Mallea en el grupo Sur y sus vínculos con Victoria Ocampo, véase King, 1986, caps. 3 y 4.
- 5 Seguimos el análisis de la crisis del liberalismo europeo y la revuelta intelectual contra el legado de la Ilustración, efectuado por Sternhell, Sznajder y Asheri, 1944, "Epílogo".
- 6 *Ibidem*, pp. 386-88. Véase la reacción intelectual a la crisis de la cultura liberal europea por parte de escritores vieneses en Luft, 1980.
- 7 Véase el estudio de los componentes instintivos y no racionales en el discurso literario de Mallea, en Biagini, 1989, pp. 200-206. Sarlo (1988, pp. 221-227; 234-35) compara el telurismo en *Radiografía de la Pampa* de Martínez Estrada e *Historia de una pasión argentina* de Mallea.
- 8 Véanse: Matamor, 1975, en especial su análisis de Victoria Ocampo y Mussolini, pp. 242-246, y del irracionalismo en textos de Eduardo Mallea, pp. 113-118; sobre Mallea, Sarlo, 1988, pp. 228-34; y Borello, 1985.
- 9 Véase la última carta que escribió a Victoria Ocampo el colaboracionista francés del régimen de Vichy, antes de su suicidio en 1945, en Ocampo, 1950, "El caso de Drieu La Rochelle", pp. 13-14.
- 10 En los EE.UU. el Duce fue llamado "a regular guy" por Will Rogers, y Cole Porter escribió una canción que decía "You're the tops, you're Mussolini" (Meyer 1990, p. 121).
- 11 Sin embargo, Victoria Ocampo decidió agregarle una significativa apostilla, a modo de nota a pie de página fechada en agosto 1936. En ella, Ocampo adhiere abiertamente a los dos manifiestos de intelectuales franceses, uno del campo liberal y otro católico, en contra de la guerra de agresión ítalo-abisinia, publicados en París como respuesta a los intelectuales fascistas.
- 12 V. Ocampo se ocupará personalmente de ayudar a intelectuales franceses a refugiarse en Buenos Aires, entre ellos Denis de Rougemont y Roger Caillois, y Sur publicará textos ensayísticos condenando el nazismo de autores argentinos y extranjeros. Véanse las posiciones de Victoria Ocampo en Sur 61, oct. 1939, pp. 7-19; 68, pp. 24-26; 69, mayo 1940, pp. 27-29; 87, dic. 1941, pp. 7-9. Véanse las posiciones antinazis de: Carlos Alberto Erro, Sur 87, dic. 1941, pp. 10-16; Eduardo González Lanuza, 61, oct. 1939, pp. 30-35; 87, dic. 1941, pp. 23-27; Jorge Luis Borges, 61, oct. 1939, pp. 27-29; 87, dic. 1941, pp. 21-22; María Rosa Oliver, 87, dic. 1941, pp. 17-20. Las ambigüedades del campo intelectual argentino liberal ante la guerra de España y durante el neutralismo argentino son analizados en un libro de próxima publicación: L. Senkman, *Los intelectuales liberales argentinos y la Segunda Guerra Mundial*.
- 13 La novela fue publicada antes que la conferencia "Conocimiento y expresión de la Argentina"; véase *Índice 1931-1966*, p. 343.
- 14 Analizo el ciclo completo narrativo de Mallea en mi libro *Los intelectuales liberales argentinos y la Segunda Guerra Mundial*.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Biagini, Hugo (1989). *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- Borello, Rodolfo (1985). "Fiesta en Noviembre: Testimonio existencial y testimonio político". En Lichtblau, pp. 23-32.
- Buchruker, Cristian (1987). *Nacionalismo y peronismo: La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Canal Feijóo, Bernardo (1940). "La bahía de silencio de E. Mallea", *Sur* 75, dic., p. 152.
- Indice 1931-1966 (1966-67) *Sur* 303-304-305.
- King, John (1986). *SUR: A Study of the Argentine Literary Journal and Its Role in the Development of a Culture, 1931-1970*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lagos-Pope, María Inés (1985). "La caracterización de los personajes femeninos en *La ciudad junto al río inmóvil* de E. Mallea". En Lichtblau, pp. 75-82.
- Lamaire, G-G. (1982). "Prolegomènes du vorticisme: Flux et reflex du futurisme en Angleterre". En Wyndham Lewis et le vorticisme. Cahiers pour un temps. París: Centre George Pompidou, Pandora Editions.
- Lichtblau, Myron I. (ed.). *Eduardo Mallea ante la crítica*. Miami: Ed. Universal.
- Luft, D.S. (1980). *Robert Musil and the crisis of European Culture, 1880-1942*. Berkeley: California University Press.
- Mallea, Eduardo (1966). *La bahía de silencio*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1936). *La ciudad junto al río inmóvil*. Buenos Aires: Sur.
- (1935). *Conocimiento y expresión de la Argentina*. Buenos Aires: Sur.
- (1935) "El escritor de hoy frente a su tiempo". *Sur* 12, p. 7-29.
- (1937). *Historia de una pasión argentina*. Buenos Aires: Sur.
- (1935). *Nocturno europeo*. Buenos Aires: Sur.
- Marechal, Leopoldo (1935). "El sentido de la Noche en el *Nocturno Europeo* de Mallea". *Sur* 15, dic., pp. 116-117.
- Matamoro, Blas (1975). *Oligarquía y literatura*. Buenos Aires: Ed. del Sol.
- Meyer, Doris (1990). *Against the Wind and the Tide: Victoria Ocampo*. Austin: University of Texas Press.
- Nascimbene, Mario y Mauricio I. Neuman (1993). "El nacionalismo católico, el fascismo y la inmigración en la Argentina (1927-1943): Una aproximación teórica". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 4:1, enero-junio, pp. 115-140.
- Ocampo, Victoria (1969). *Diálogos con Mallea*. Buenos Aires: Sur.
- (1936). *Domingos en Hyde Park*. Buenos Aires: Sur.
- (1941). *Testimonios*, segunda serie. Buenos Aires: Sur.
- (1950). *Soledad sonora (Testimonios IV)*. Buenos Aires: Sur.
- Rock, David (1993). *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*. Berkeley: University of California Press.
- Sarlo, Beatriz (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1929 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Senkman, Leonardo. *Los intelectuales liberales argentinos y la Segunda Guerra Mundial (en preparación)*.
- Spektorowski, Alberto (1993). "La imagen del judío en las corrientes integralistas y populistas del nacionalismo argentino: M. Gálvez, R. Doll y L. Delleplane". En AMILAT, *Judaica Latinoamericana II*, S. Schenkolewski-Kroll y L. Senkman eds., Jerusalén: Magnes Press, pp. 99-115.
- Sternhell, Zeev, Mario Sznajder y Maia Asheri (1994). *El nacimiento de la ideología fascista*. Madrid: Siglo XXI.

HISPAMERICA

revista de literatura

Subscripción anual:

Individuales, U\$S 30; Patrocinadores: U\$S 40. América Latina: Por pedido a la dirección.

Subscripciones y correspondencia: **Saúl Sosnowski**
5 Pueblo Ct., Gaithersburg, Md. • 20878, USA